Domingo 13 enero 2002
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mt 3,13-17

Este es mi Hijo

El domingo pasado se celebraba la Epifanía del Señor, es decir, la manifestación del Señor por medio de una estrella a hombres de pueblos lejanos de Oriente. Este domingo celebramos el Bautismo de Jesús por mano de Juan en el Jordán. Mateo hace de este hecho una segunda epifanía, pues la voz del cielo que entonces interviene se dirige a los presentes diciendo: "Este es mi Hijo, el Amado, en quien me complazco".

El Bautismo de Jesús tiene lugar después de la presentación de Juan Bautista. Pero éste en su predicación había insistido en la diferencia que existe entre el baño de penitencia que él practicaba y el bautismo que administraría aquel cuya venida él preparaba: "Yo os bautizo en agua para conversión; pero detrás de mí viene uno que es más fuerte que yo, y yo no soy digno de llevarle las sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt 3,11). Al bautismo de Juan se presentaba una multitud: "Acudía a él Jerusalén, toda la Judea y toda la región del Jordán y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados" (Mt 3,5-6). Llegado el momento, acudió entre la multitud también Jesús.

"Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él". Juan lo reconoce como aquel que había de venir, a quien él había descrito como "más fuerte". Por eso quiere impedirle que entre al agua diciendole: "Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?". Si Juan no se consideraba digno ni siquiera de llevarle las sandalias, tanto menos de bautizarlo. Jesús persiste en su propósito y le responde: "Dejame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia". Entonces Juan lo dejó. Este diálogo entre Juan y Jesús es propio de Mateo; no aparece en los lugares paralelos de Marcos y Lucas. En el relato de Marcos y Lucas Jesús es bautizado sin que Juan lo reconozca. Mateo, en cambio, quiere afirmar que Juan reconoció a Jesús. Por eso decíamos que en este Evangelio el bautismo de Jesús es una segunda epifanía que tiene lugar muchos años después de aquella primera de los magos y que pone fin a la vida oculta de Jesús. Como veremos, esto resulta más evidente en la conclusión del relato.

El lector inevitablemente considera que Juan tiene razón al resistirse a bautizar a Jesús. Sobre todo, hay que explicar por qué Jesús no teniendo pecado se sometió a un rito de conversión al cual cada uno accedía "confesando sus pecados". Según Jesús es necesario para que "cumplamos toda justicia". Para que al hombre pecador se concediera la justicia de Dios fue necesario que el Hijo de Dios se hiciera hombre y se rebajara hasta identificarse con el hombre pecador. Y no sólo aquí Jesús se identifica con los pecadores, sino también en el momento mucho más importante de su muerte. Tanto en el bautismo como en su muerte, y en todo el curso de su vida, se cumplió en Jesús lo escrito sobre el Siervo de Yahweh: "Fue contado entre los malhechores" (Is 53,12). San Pablo expresa este misterio con su habitual vigor: "A quien no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros viniesemos a ser justicia de Dios en él" (2Cor 5,21). Si este era el camino de salvación dispuesto por Dios, sometiendose Jesús al bautismo de Juan, ambos estaban "cumpliendo toda justicia".

Los Evangelios son constantes en afirmar que con ocasión del bautismo de Jesús él fue confirmado como el Ungido por el Espíritu Santo: "Bautizado Jesús salió del agua y en esto se abrieron los cielos y vio el Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él". Los Evangelios precisan que esto no fue un "efecto" del bautismo de Juan, pues no ocurrió mientras Jesús estaba en el agua, sino una vez que "Jesús salió del agua". El don del Espíritu será un efecto del bautismo instituido por Jesús, pues él es quien "bautiza en Espíritu Santo".

El Espíritu Santo no se puede ver con nuestros ojos; la forma visible como una paloma permitía ver que bajaba del cielo y venía sobre Jesús. Preguntamos: ¿quién vio el Espíritu en forma de paloma? Según el relato es claro que entre la multitud sólo Jesús lo ve. Pero agrega: "Una voz que salía de los cielos decía: 'Este es mi Hijo amado en quien me complazco'". Esta voz se dirige a todos para manifestar a Jesús como el Hijo de Dios. Es pues una epifanía. Es claro que la voz del cielo repite un oráculo sobre el siervo de Yahweh, que decía: "He aquí mi siervo... mi elegido en quien se complace mi alma" (Is 42,1). Los Evangelios reconocen esta profecía realizada en Jesús; pero dan el tremendo paso de sustituir "siervo" por "Hijo". En lugar de decir "mi siervo", Dios se refiere a Jesús llamandolo "mi Hijo".

Es extraño, sin embargo, que después de una manifestación de tal magnitud, no haya reacción alguna de los

presentes y el Evangelio continúe indicando el efecto solamente sobre Jesús: “Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto...” (Mt 4,1). Por otro lado, los otros Evangelios sinópticos (Marcos y Lucas) coinciden en que la voz se dirige sólo a Jesús: “Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me complazco” (Mc 1,12; Lc 3,22). Debemos concluir que Mateo, manteniendo la tercera persona del oráculo sobre el siervo de Yahweh, hace del bautismo de Jesús una epifanía. Si la primera epifanía se ofreció a los magos de Oriente, esta vez se ofrece al pueblo de Israel. En la primera epifanía los magos reaccionaron como corresponde a lo manifestado: se pusieron en camino y vinieron con dones a adorar a Jesús; en esta epifanía no hay reacción alguna.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción